

P. Miguel Ángel Fuentes, IVE

DUC IN ALTUM!

ESENCIA Y EDUCACIÓN DE LA MAGNANIMIDAD

**Virtus 3
EDIVE
San Rafael (2008)**

ÍNDICE

1. “Ánimas animosas”: naturaleza de la magnanimidad	4
2. Los actos principales de la magnanimidad	9
1) El menosprecio del mundo y de todo lo pequeño	9
2) La magnanimidad como empuje y conquista	10
3. Los pecados contra la magnanimidad.....	15
1) La vanagloria.....	15
2) La presunción	16
3) La ambición.....	17
4) La pusilanimidad	17
4. La educación de la magnanimidad	19
5. Conclusión.....	21

Hay dos vuelos que simbolizan dos estilos de almas: el de la gallina y el del águila. El vuelo de la gallina es de baja altura, hace ruido, levanta polvo y revoluciona el gallinero. Es un símbolo de las almas rastreras, con ideales horizontales y carreras de corto alcance. Pueden meter mucho ruido y dar que hablar, pero quedan casi inmediatamente en el olvido. Cuando la tierra y las plumas que su alboroto levantó se depositan en el suelo, del vuelo de la gallina nadie se acuerda; fue intrascendente y pasó desapercibido en la historia del gallinero. Las almas que apuntan a metas que no traspasan la sombra que proyecta su nariz pasan sin dejar huella; se alimentan con conquistas tan perecederas como la de nuestra gallina.

El vuelo del águila es desafiante, altivo, veloz e inalcanzable. Su vista es capaz de fijarse en el sol y también de contemplar la plenitud del paisaje desde las cumbres de las nubes. Juega con los vientos, planea, se arroja en picada y vuelve a levantarse con celeridad. Desde sus alturas ve los mares como si fuesen charcos y los lagos y los ríos le descubren sus secretos volviendo para ella transparentes sus aguas. Es un ave de caza y de lucha. Es símbolo del alma que se siente estrecha en tierra y desahogada en el cielo; del alma que necesita metas lejanas y difíciles, que puede enfrentar asperezas y obstáculos no sólo sin desánimo sino con emoción y gozo. Es el alma que puede aspirar al heroísmo y a la santidad. Su paso deja huella y surco. Y de ella se puede decir lo que el Salmo 83:

*“Cuando atraviesa áridos valles,
los convierte en oasis,
como si la lluvia temprana
los cubriera de bendiciones;
camina de altura en altura
hasta ver a Dios en Sión”.*

Educar almas del segundo estilo es un desafío urgente, necesario y difícil. La virtud que es constitutivo formal de tales espíritus se denomina magnanimidad.

1. “Ánimas animosas”: naturaleza de la magnanimidad¹

Como su nombre lo indica, la magnanimidad hace referencia a la grandeza del alma, *anima magna*. Por eso decía Aristóteles que la magnanimidad es la característica de las almas que aspiran a lo óptimo, a las cosas superiores². Su objeto es “lo grande”, y más propiamente, “lo más grande”, lo “óptimo”; las cosas que siendo grandes no son “las más grandes”, son solamente materia secundaria de esta virtud.

Santo Tomás la definió como “*extensio animi ad magna*”, extensión del alma a las cosas grandes³. Pieper traduce esta expresión como “el compromiso voluntario de tender a lo sublime”. Se trata, por tanto, de un verdadero apetito de grandeza. Sin embargo se diferencia esencialmente del apetito de grandeza que es la soberbia, pues ésta consiste en el deseo de una aparente grandeza: la grandeza basada en el reconocimiento ajeno, en el aplauso, en la fama o en el poder. La magnanimidad, en cambio, es apetito de verdadera grandeza, es decir, de la grandeza de la virtud; es una aspiración a la grandeza propia de las obras virtuosas. Por eso se la llama “flor de la virtud” y también por eso sólo puede ser magnánimo el hombre virtuoso, dice Santo Tomás⁴. La belleza es algo propio de toda virtud, porque cada virtud tiene su belleza específica; pero a ésta la magnanimidad añade una belleza que le viene por la magnitud de la obra realizada: “la magnanimidad le agrega otra belleza por la misma magnitud de la obra virtuosa, ya que el obrar con magnanimidad hace mayores a todas las virtudes”⁵. Aun más, Santo Tomás llega a afirmar que el obrar con magnanimidad no es común a todo virtuoso sino propio de los muy virtuosos, de los grandemente virtuosos⁶; por

¹ Cf. Alfredo Sáenz, *La magnanimidad*, Rev. Mikael 19 (1979); Pieper, J., *Las virtudes fundamentales*, Ed. Rialp, Madrid 1980; Felice Adalberto Bednarski, *L'educazione dell'affettività alla luce della psicologia di S.Tommaso d'Aquino*, Ed. Massimo, Milano 1986; Santo Tomás, *Suma Teológica*, II-II, 129ss.

² Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, III,5.

³ Santo Tomás, II-II,129,1.

⁴ In II Sent., d.42,2,4.

⁵ II-II, 129,4 ad 3.

⁶ II-II,129, 3 ad 2.

eso atribuye a Jesucristo, habiendo sido el más virtuoso, también el haber sido el más magnánimo⁷.

Se dice que el magnánimo busca la grandeza. Para entender esto en sus justos límites hay que decir que busca principalmente la grandeza interior, es decir, la gloria intrínseca a la misma virtud. Aquello que decía San Bernardo, que el amar es la propia paga del amor, puede aplicarse a toda virtud: la grandeza y el premio de toda virtud consiste en el mismo ejercicio virtuoso. El magnánimo se considera suficientemente pagado por el sólo hecho de haber realizado un acto virtuoso. Sólo secundariamente el magnánimo aspira, según las circunstancias, a la gloria exterior de la virtud, es decir, al honor que la virtud merece⁸. En cuanto exterior, el magnánimo debería, y de hecho lo hace si es virtuoso, menospreciar la gloria humana; pero sabe también que el tributo externo redunda en honor de la misma virtud; por eso secundaria y subordinadamente puede a veces aspirar a cierto reconocimiento exterior. Es lo que dice San Pablo: *que vuestra amabilidad sea conocida de todos los hombres* (Fil 4,5); y el mismo Cristo: *que vuestra luz brille ante los hombres* (Mt 5,16).

Dice Santo Tomás que el magnánimo busca el honor por tres fines posibles. Primero, para su propio bien, en el sentido en que el honor que se tributa por su virtud lo afirma en su deseo de grandeza y lo anima a la conquista de la perfección. Segundo, para el bien del prójimo; porque sabe que aquello en lo que sobresale es un don de Dios que le ha sido concedido para que aproveche al prójimo, excitándolo a la virtud con su ejemplo sobresaliente de virtud. Finalmente, para Dios, porque siendo virtuoso ordena todo honor a la verdadera causa de la virtud que es Dios: *¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías como si no lo hubieras recibido?* (1 Cor 4,7).

Para comprender adecuadamente esta virtud hay que verla en su relación con tres virtudes principales: la fortaleza, la esperanza y la humildad.

⁷ III,15,8, obj.2.

⁸ II-II,129,4.

Se relaciona, ante todo, con la **fortaleza**⁹. La fortaleza es la virtud propia del apetito irascible, es decir, del deseo de superación; dice relación con la fuerza, con el enfrentamiento de la adversidad, con la lucha material y espiritual. La magnanimidad hace que la fortaleza no se cierre en pequeñeces, en combates parciales de la vida, sino que sea propiamente la virtud de las grandes conquistas; hace que la fortaleza sea apetito de conquista universal y espiritual. La engloba en lo que afirma San Pablo en la Carta a los Efesios: *No es nuestra lucha contra la carne y la sangre sino contra los principados y contra las potestades, contra los poderes mundanales de las tinieblas y de este siglo, contra las huestes espirituales de la maldad* (Ef 6,12).

En segundo lugar, se relaciona con la **esperanza**, tanto pasional como virtuosa. La pasión de la esperanza es el movimiento del apetito sensible que tiende a un bien futuro, arduo, pero posible de alcanzar. La dificultad anexa al bien deseado lo hace más atractivo; hace que el alma se dilate o extienda en un impulso por aprehender ese bien¹⁰. La magnanimidad hace al hombre que la posee un sujeto especialmente dado a la esperanza, al empuje, al emprendimiento espiritual; un ser que mira la conquista de lo dificultoso como su modo de vida. Es, claramente, la característica psicológica de los grandes conquistadores como Hernán Cortés, Pizarro, Hernandarias, San Luis Rey, San Fernando e incluso figuras del paganismo como Alejandro Magno, Aníbal o Julio César; de los misioneros infatigables como San Francisco Javier, San Francisco Solano, Fray Motolinia, Ruíz de Montoya y todos los grandes misioneros. Más estrechamente la magnanimidad se relaciona con la esperanza teologal. En este caso los límites de las dos virtudes se confunden, pues, como decía San Buenaventura: “la sustancia misma del acto de esperanza consiste en dilatarse con magnanimidad hacia los bienes eternos”¹¹. Dice Pieper que la magnanimidad es, junto con la humildad, uno de los soportes de la esperanza teologal, y que la pérdida pecaminosa de la esperanza tiene una de dos raíces posibles: o la falta de magnanimidad o la falta de humildad. La magnanimidad

⁹ Cf. II-II129,5.

¹⁰ Cf. I-II,25,1.

¹¹ San Buenaventura, In III Sent., d.26,3,1.

es, así, la actitud espiritual que caracteriza al hombre teologal. Por esto Santa Teresa decía a sus monjas: “conviene mucho no apocar los deseos... Su Majestad es amigo de ánimas animosas”¹².

Por último, aunque para los mundanos sea una paradoja inexplicable, la magnanimidad es una virtud profundamente arraigada en el hombre **humilde**. Porque el magnánimo busca y tiende a lo grande, pero sabe que ese deseo de aspirar a las cosas grandes es un don divino y que además no las puede alcanzar con sus solas fuerzas humanas. *Aquello que es bueno y grande, decía San Pablo, no lo obro yo sino la gracia de Dios en mí* (1 Cor 15,10). El que es auténticamente magnánimo tiende a lo óptimo con plena conciencia de que Dios ha puesto ese deseo en su corazón, de que se trata de un deber más que un derecho (un deber para con Dios) y de que si puede confiar en el éxito de su empresa es por apoyarse en la gracia y en la misericordia divina. La humildad es necesaria y complementaria a la magnanimidad. Las relaciones entre ambas Santo Tomás las establece diciendo: “En el hombre hay algo de grande que deriva de los dones divinos y hay también defectos que se deben a la debilidad de la naturaleza humana. Ahora bien, la magnanimidad hace que el hombre se considere digno de grandes honores, considerando los dones recibidos de Dios. En cambio, la humildad hace que uno se desprecie considerando sus propios defectos. De igual manera, la magnanimidad menosprecia a los demás en cuanto están destituidos de los dones divinos; en cambio, la humildad los estima como superiores en cuanto estima en ellos los bienes divinos. Así se ve que la magnanimidad y la humildad no son virtudes contrarias, si bien parecen tender a cosas opuestas: en realidad parten de consideraciones diversas”¹³.

De ahí la hermosa descripción del magnánimo que hace Pieper¹⁴: “Magnánimo es aquel que se cree llamado o capaz de aspirar a lo extraordinario y se hace digno de ello. El magnánimo es, en cierto modo, caprichoso; no se deja distraer por cualquier cosa, sino que se dedica únicamente a lo grande, que es lo que a él le va”¹⁵. El

¹² Santa Teresa, *Vida*, 13,2.

¹³ II-II,129,3 ad 3.

¹⁴ Pieper, *op.cit.*, pp. 277-278,

¹⁵ II-II,129,3 ad 5.

magnánimo tiene, sobre todo, una sensibilidad despierta para ver dónde está el honor: ‘el magnánimo se consagra a aquello que proporciona una grande honra’¹⁶. En la Suma Teológica se dice: ‘El despreciar la honra hasta tal punto que no preocuparse de hacer aquello que honra merece, es de vituperar’¹⁷. El magnánimo no se inmuta por una deshonra injusta; la considera sencillamente indigna de su atención¹⁸. Acostumbra a mirar con desprecio a los seres de ánimo mezquino; y nunca es capaz de considerar que exista alguien tan alto que sea merecedor de que, por miramiento a él, se cometa algo deshonesto¹⁹. Santo Tomás aplica al justo que muestre este sano desprecio de lo humano aquellas palabras del Salmo 24,4: *A sus ojos es nada el hombre malvado*. Características del magnánimo son la sinceridad y la honradez. Nada le es tan ajeno como callar la verdad por miedo²⁰. El magnánimo evita, como la peste, la adulación y las posturas retorcidas²¹. No se queja, pues su corazón no le permite que se le asedie con un mal externo cualquiera²². La magnanimidad implica una fuerte e inquebrantable esperanza, una confianza provocativa²³ y la calma perfecta de un corazón sin miedo²⁴. No se deja rendir por la confusión cuando ésta no se doblega ante el destino: únicamente es siervo de Dios²⁵”.

La magnanimidad impone, así un estilo de vida signado por la grandeza. Ella tiene actos propios, pero Santo Tomás la considera también “virtud general” en el sentido de que actúa sobre todas las demás virtudes haciéndolas inconfundibles: las vuelve heroicas y aristocráticas. Ejerce también una función de antídoto contra los simulacros de las virtudes; en efecto, todas las virtudes morales tienen dos vicios que se le oponen: uno por exceso y otro por defecto. Uno de ellos (en cada virtud varía) guarda una aparente

¹⁶ II-II,129,2.

¹⁷ II-II,129,1 ad 3.

¹⁸ II-II, 129,2 ad 3.

¹⁹ II-II,129,3 ad 4.

²⁰ II-II,129,4 ad 2.

²¹ II-II,129,3 ad 5.

²² II-II,129,4 ad 2.

²³ II-II,129,6.

²⁴ II-II,129,7.

²⁵ II-II,129,7 sed contra.

semejanza con la virtud a la que en realidad se opone; así, por ejemplo, la temeridad se asemeja a la fortaleza, la insensibilidad a la templanza, el rigorismo a la justicia, la falsa humildad a la humildad, la astucia a la prudencia. La magnanimidad, haciendo que cada virtud dé el máximo total de su potencia, impide cualquier falsificación y es la característica de los santos porque es la magnanimidad la que hace que las virtudes sean virtudes heroicas. Por eso es ella la que, que en lugar de un cristiano mortificado, hace un loco por la cruz como San Pablo o San Pedro Claver; en lugar de un pobre hace un esposo de la Dama Pobreza como San Francisco de Asís; en vez de un simple estudioso, nos da un sabio como Santo Tomás; en lugar de un alma con un mediocre celo de Dios, da a la Iglesia un Roque González, un Francisco Javier o un Isaac Jogues; en vez de un cristiano que confía en la Providencia nos regala un Don Orione totalmente abandonado en sus brazos, etc.

2. Los actos principales de la magnanimidad

Hemos dicho que la magnanimidad es “flor de todas las virtudes”, en cuanto actúa sobre todas coronándolas con actos heroicos. Tiene, sin embargo, dos actos que le son propios, uno negativo y otro positivo.

1) El menosprecio del mundo y de todo lo pequeño

El acto negativo de la magnanimidad se da con relación a lo que ella hace desdeñar. Magnanimidad significa aspiración a las cosas grandes; consecuentemente, implica el menosprecio de las pequeñas aspiraciones que desgastan el alma en empresas sin envergadura. En la antigüedad pagana el magnánimo era caracterizado como el hombre que está por encima de las vicisitudes del mundo, de sus agitaciones y vaivenes; es el que no se desanima ante la adversidad ni aspira a los premios puramente humanos. El magnánimo desprecia el reconocimiento del mundo porque es consciente ante todo de la desproporción entre la virtud que él practica y el premio que el mundo ofrece; no se puede premiar la virtud cuanto se merece. Por otra parte, el mundo es incapaz de reconocer la misma virtud y por

eso generalmente la persigue en vez de premiarla. Santo Tomás dice del magnánimo: “No se engríe por los grandes honores, pues no los cree superiores a sí, sino que más bien, los desprecia, y mucho más los mediocres o mezquinos. De igual modo, no se desalienta por el deshonor, sino que lo desprecia como injusto”²⁶. Y Don Quijote reprocha a Sancho Panza: “Mal cristiano eres, Sancho, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho; pues sábetete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías”²⁷.

De aquí que el magnánimo se caracterice por su capacidad para el sacrificio y para la renuncia a las cosas del mundo antes que abandonar la virtud, por el olvido de las afrentas, por la facilidad para el perdón y para hacer el bien a quienes le han hecho mal. Sócrates es uno de los grandes ejemplos del paganismo despreciando incluso la propia vida antes que cometer una injusticia. “El timonel, decía San Basilio, se reconoce en la tempestad, el atleta en el estadio, el general en la batalla y el magnánimo en la desgracia”²⁸. El ejemplo bíblico por excelencia, en el Antiguo Testamento, es Job que proclama en medio de su adversidad: *Dios me lo dio, Dios me lo quitó, ¡bendito sea Dios!* (Jb 1,21); en el Nuevo Testamento es Jesucristo en la serenidad de su Pasión y en la imperturbabilidad ante los vituperios: *Jesús, mientras tanto, callaba* (Jn 19,9).

2) *La magnanimidad como empuje y conquista*

La magnanimidad es una virtud eminentemente activa. Es deseo, impulso, extensión hacia lo grande. Por eso su sujeto es el apetito irascible, el apetito de conquista, de superación y de lucha. En la Edad Media magnanimidad era sinónimo de valentía y era virtud propia del guerrero, del cruzado, del caballero; algo semejante vemos en la antigüedad helénica, germánica y romana. A esto hace referencia Aristóteles cuando la considera “pasión” por lo grande. Es la virtud que hace mirar siempre lejos, que amplía los horizontes, como dice el héroe español:

²⁶ II-II,129,2 ad 3; cf. 3 ad 3 y ad 5.

²⁷ Don Quijote de la Mancha, I, cap. 21.

²⁸ San Basilio Magno, *Hom. Tempore famis et siccitatis*, PG 31,317.

*Por necesidad batallo
y una vez puesto en mi silla
¡Se va ensanchando Castilla
Delante de mi caballo!...
Vete de mis tierra, Cid,
mal caballero probado
y no vuelvas a mis tierras
dende esta hora en un año.
Pláceme, dijo el buen Cid,
pláceme, dijo, de grado
por ser la primera cosa
que mandas en tu reinado;
por un año me destierras,
yo me destierro por cuatro*

Cervantes, en el Quijote, tiene algunas afirmaciones que expresan con belleza lo que queremos decir. Por ejemplo, cuando su héroe dice que “las grandes hazañas, para los grandes hombres están guardadas”²⁹. O cuando describe las virtudes del caballero diciendo con cierto humor: “La caballería andante... es una ciencia que encierra en sí todas o las más ciencias del mundo, a causa de que el que la profesa ha de ser jurisperito, y saber leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar a cada uno lo que es suyo y lo que le conviene; ha de ser teólogo, para saber dar razón de la cristiana fe que profesa, clara y distintamente, adonde quiera que le fuere pedido; ha de ser médico...; ha de saber las matemáticas...; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, descendiendo a otras menudencias, digo que ha de saber nadar..., ha de saber herrar un caballo y aderezar la silla y el freno; y volviendo a lo de arriba ha de guardar la fe a Dios y a su dama; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla”³⁰. También por boca del “Caballero del Verde Gabán”, Miguel de Cervantes dice: “Yo, señor Caballero de la Triste Figura... alguna vez como con mis

²⁹ Don Quijote de la Mancha, II, cap. 23.

³⁰ Ibid., II, cap. 18.

vecinos y amigos, y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos; ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros; oigo misa cada día; reparto mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras por no dar entrada en mi corazón a la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado; procuro poner en paz los que sé que están desavenidos; soy devoto de Nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor”³¹.

Este aspecto de la magnanimidad se manifiesta en el hecho de que quien posee esta virtud no sólo aspira a cosas grandes sino que las lleva efectivamente a cabo; es decir, culmina lo que comienza a pesar de las dificultades³². Santa Teresa, hablando de la firmeza que se debe tener en el camino de la oración escribe a sus monjas: “Tomad mi consejo y no os quedéis en el camino, sino pelead como fuertes hasta morir en la demanda, pues no estáis aquí a otra cosa sino a pelear. Y con ir siempre con esta determinación antes morir que dejar de llegar a esta fuente, si os lleva el Señor sin llegar a ella en esta vida, en la otra os la dará con toda abundancia”³³.

El fundador de los misioneros de la Consolata, beato José Allamano clasificaba a las personas religiosas que tienden a la perfección en tres grupos en un texto magnífico que no puedo dejar de transcribir. “El primer grupo es el de los que se hacen una gran idea de la perfección, conocen su necesidad, tienen muchos deseos de ella, pero se paran ahí y no se aplican a los medios que conduzcan a ella. Pero una cosa es saber y otra practicar; una cosa es conocer la necesidad de la perfección y otra tratar de alcanzarla; una cosa es el deseo y otra el hecho. Es verdad que santa Teresa nos exhorta a tener grandes deseos, pero aquí se trata de deseos eficaces, acompañados con las obras. El infierno está lleno de deseos efímeros y de propósitos de convertirse después... En ciertas comunidades se ven siempre individuos que están siempre en el mismo grado de virtud, o mejor, de falta de virtud; desde que ingresan en la vida religiosa

³¹ Ibid., II, cap. 16.

³² II-II, 128, 1.

³³ Santa Teresa de Jesús, *Camino de perfección*, 33, 2.

hasta el fin de su vida. Tenían deseos de perfección cuando ingresaron, cuando entraron en el noviciado, cuando profesaron... y siguen siendo igual que antes, con los mismos defectos de soberbia, pereza, falta de mortificación. Ciertamente no son nunca de ejemplo a la comunidad, que los soporta, y no los llora cuando salen o cuando se mueren. Pasan su vida sin aprovechar las innumerables gracias que la acompañan, y al final se encuentran con las manos vacías y una terrible rendición de cuentas que hacer. Son como la higuera seca de que habla el Evangelio, o como la tierra que no produjo fruto después de los rocíos y las lluvias. ¡Feliz la comunidad que sabe desprenderse a tiempo de éstos! Y los tales, como saben aprovechar de todos los cuidados, viven más tiempo que los demás en detrimento de la disciplina y de la paz religiosa. Esta es, desgraciadamente la historia de algún monasterio... ¡Dios quiera que no suceda nunca esto en nuestro Instituto! El segundo grupo lo forman los que no se contentan con los simples deseos, hacen algo, dan pasos en el camino de la perfección, pero no más allá. Tratan de perfeccionarse a su aire, tratando de pactar con el Señor; no son generosos en responder a las llamadas divinas, no sacrifican ciertas inclinaciones, no son indiferentes en los cargos, no se desprenden de la inclinación a los familiares, están atados a pequeñas comodidades, no tienen el valor de probar los efectos de la pobreza. Jesús no acepta estas medias medidas, no quiere estas reservas y se retira de ellos. Por eso, no gozan de verdadera paz en esta vida y acumulan mucho material para el purgatorio. Desgraciadamente, suele haber de estas personas en las comunidades. El tercer grupo lo forman quienes no rechazan medio alguno para hacerse santos, no admiten dilación, luchan sin descanso. San Ignacio dice de ellos: 'Con ánimo grande y generoso en el servicio de Dios, ponen toda su inteligencia y esfuerzo'. Se lo sacrifican todo, especialmente su buena voluntad. ¡Así se hacen santos! Y no es tan difícil; repito que basta dar con valentía el primer paso. San Roberto Bellarmino dice, refiriéndose a estos tres grupos, que los primeros son enfermos que no quieren tomar medicinas; los segundos aceptan únicamente las medicinas dulces y sabrosas; los terceros no rechazan nada que sea amargo con tal de curarse. Mi pensamiento se dirige hacia vuestro porvenir, y digo: ¿perteneceis todos al tercer grupo?, ¿o pasarán algunos al

segundo o al primer grupo? Es cuestión de voluntad firme y decidida”³⁴.

La magnanimidad, como ánimo resuelto de tender a la santidad, es esencial a la Iglesia que debe cumplir el mandato de la suprema conquista: *Id y predicad el Evangelio a toda creatura* (Mc 16,15).

Pemán lo ha expresado de modo inmejorable al poner en boca de Francisco Javier e Ignacio este magnífico diálogo:

“JAVIER:

*¿Me quieres, pues, apartado
de todo? ¿Pides, quizás,
que deje hacienda y estado?...
Me pides demasiado...*

IGNACIO:

*¡Y te ofrezco mucho más!
Tú, el iluso buscador
de fama, gloria y honor,
¿te vas a empequeñecer
cuando te vengo a ofrecer
la fama y gloria mejor?
No busques honor y fama
en blasones y coronas
ni es eso lo que ambicionas,
ni es eso lo que te llama.
Cuando el aplauso te aclama,
ya piensas que estás llegando
a tu más alto destino.
¡¿No ves que el tuyo es divino
y que así te estás quedando
a mitad de tu camino?!”*

³⁴ Lorenzo Sales, *La vida espiritual*. Conversaciones del P. José Allamano con sus misioneros, Madrid 1977, pp. 149-150. Es evidente que el trasfondo de esta descripción está pensada sobre la meditación de “tres binarios” de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola.

3. Los pecados contra la magnanimidad

A la virtud de la magnanimidad, como a todas las virtudes morales, se oponen pecados por defecto y pecados por exceso. Como defecto de magnanimidad se señala la renuncia a la grandeza del alma, la pusilanimidad. Por exceso la búsqueda desordenada del honor, que se concreta en tres vicios: vanagloria, presunción y ambición.

1) *La vanagloria*

Como su nombre lo indica, la vanagloria es la búsqueda de la gloria fútil, perecedera. El adjetivo “vano” quiere decir “vacío” y equivale a falso. La gloria o reconocimiento por parte de los hombres puede llamarse vana por varios motivos: ante todo, cuando versa sobre un bien inexistente o un bien que no merece tal alabanza (en este caso es estrictamente una gloria falsa, sin auténtico motivo u objeto); es también vana la alabanza que proviene de los que son incapaces de juzgar adecuadamente sobre el bien auténtico o de los que juzgan por criterios inadecuados. A veces se honra a los virtuosos pero no por lo que es verdaderamente honroso en ellos; se exalta a los mártires porque no desistieron de sus convicciones pero no en cuanto testigos de Dios; se honra a los grandes doctores de la cristiandad no por haber contemplado la verdad divina sino por haberse hecho un “nombre imperecedero” entre los sabios del mundo. El verdadero bien que merece gloria es el bien interior, la virtud, y éste no puede ser auténticamente valorado por los hombres; por eso, en cierto modo, es **vana toda gloria humana**; por eso dice la Sagrada Escritura: *¡Vanidad de vanidades! -dice Qohélet-, ¡vanidad de vanidades, todo vanidad!* (Ecle 1,2); *He observado cuanto sucede bajo el sol y he visto que todo es vanidad y atrapar vientos* (Ecle 1,14). Los honores humanos son siempre precarios.

Es vana, finalmente, la gloria que prefiere el tributo de los hombres a la alabanza de Dios, como dice San Juan de algunos jefes de Israel: *amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios* (Jn 12,43).

La vanagloria es una grosera parodia de la magnanimidad, porque el vanidoso no desea en realidad grandes cosas, sino

pequeñas cosas y pequeños honores que él exalta como si fuesen realmente valiosos. El magnánimo, por el contrario, desprecia aquello que para el vanidoso constituye todo un mundo³⁵.

La vanagloria o vanidad es, además, un vicio capital, es decir, engendrador de pecados. De ella nacen, enseña San Gregorio Magno, la desobediencia, la jactancia, la hipocresía, la disputa, la pertinacia, la discordia y el afán de novedades³⁶.

2) *La presunción*

La palabra presunción deriva de presumir que significa “tomar excesivamente”. Puede tener varias acepciones. Como **acto intelectual**, presunción designa el pensar arrogantemente de la propia excelencia³⁷ o también el juicio temerario sobre los hechos ajenos o cosas ocultas. Como **acto de la voluntad** puede designar el modo de actuar con temeridad consciente. En **sentido propio** es el vicio que implica “cierta inmoderación en la esperanza” o “una esperanza desordenada”, originada en la excesiva confianza y seguridad en las propias fuerzas.

La presunción designa en realidad a dos vicios que tienen entre sí cierta relación: la presunción humana y la presunción teologal. La humana es la que se opone propiamente a la magnanimidad. Es un tender a bienes, empresas y honores desproporcionados a la persona, por un exceso de confianza en las propias fuerzas y una falsa valoración de las propias cualidades y excelencia, con egoísta apego a ellas. La presunción teologal es, en cambio, “una temeraria e inmoderada confianza en obtener la bienaventuranza eterna por medios no ordenados por Dios”. El presuntuoso no niega la sustancia de la esperanza en Dios, ni deja de apoyarse en el poder divino, ni se opone por exceso cuantitativo, sino que en realidad deforma y vicia la esperanza. Aunque en apariencia exalte más el poder y el auxilio de Dios, en rigor los rebaja al falsear su alcance. Aunque distintos, los dos pecados se relacionan, y de alguna manera, el primero

³⁵ Cf. II-II,132,2 ad 1.

³⁶ II-II,132,5.

³⁷ II-II, 162, 2 ad 4.

conduce al segundo el cual es uno de los pecados contra el Espíritu Santo.

Lo propio del presuntuoso es tender a bienes verdaderos y grandes, pero creyéndose capaz de ellos por sus solas fuerzas cuando en realidad éstos lo superan infinitamente. Se trata de otra magnanimidad falsificada. Entre el magnánimo y el presuntuoso media un abismo, el abismo que va del error a la verdad. Ambos se creen dignos de cosas grandes; pero el magnánimo se juzga digno de aquello para lo cual es digno al menos por la gracia; el presuntuoso se cree naturalmente digno de lo que lo supera³⁸.

3) *La ambición*

Lo que caracteriza la ambición es el deseo inmoderado del honor y muchas veces el recurso a medios ilícitos para obtenerlo. La diferencia entre el ambicioso y el presuntuoso es que éste último tiende a grandes cosas apoyado en sus propias fuerzas inadecuadas para ello; el ambicioso, en cambio, no tiende a grandes obras sino al honor que sigue a las grandes obras; quiere saborear los frutos de la grandeza sin probar las fatigas que exige; por eso se alegra cuando alguno lo toma como hombre muy importante y lo honra, y, por el contrario, se indigna y enfurece si le faltan el respeto. El ambicioso, por tanto, sólo se interesa por el honor, de cualquier manera que sea y al costo que sea; de aquí que este vicio engendre numerosos pecados como la falta de escrúpulos, el fraude, la hipocresía, la adulación y la traición. El ambicioso es, muchas veces, el que denominamos como “trepador”.

4) *La pusilanimidad*

Por defecto, a la magnanimidad se opone la pusilanimidad. El término viene de “pusilla anima”, alma pequeña. Se denomina así a la timidez o mezquindad espiritual. Esta pusilanimidad puede ser algo enfermizo o bien culpable. Es enfermiza e inculpable cuando proviene de una mala educación familiar o escolar. No raras veces los padres o los educadores “cortan las alas” de los que tienen a

³⁸ Cf. In Eth., IV, n° 737.

cargo; o bien incapacidad educativa o bien por envidia. Engendran así “psicologías de desamparo” o “psicologías falderas”; almas que necesitan de cobijo permanente, como los polluelos bajo las alas de la gallina.

A veces, en cambio, es vicio culpable. Es el caso de quienes se cierran a la grandeza siendo capaces de alcanzarla. Este fenómeno puede tener una causa **intelectual**: la ignorancia pecaminosa de las propias capacidades o de la auténtica vocación. Es pecaminosa cuando proviene de la pereza en medir las fuerzas; es el pecado del que voluntariamente renuncia a “intentar” hacer algo grande³⁹. A veces esta ignorancia es consecuencia de vicios voluptuosos como la lujuria o la gula; la animalización en que sumergen al hombre estos pecados, deforma la imagen que el mismo tiene de su dignidad y vocación. Por eso dice Santo Tomás que el alma impura está condenada a la pequeñez y a la pusilanimidad⁴⁰. También puede tener una causa **afectiva** como el temor al fracaso en las grandes empresas, la cobardía ante el peligro o la falta de determinación para renunciar a ciertos apegos naturales.

En estos casos voluntarios la pusilanimidad es un verdadero pecado. Es el pecado que cometen los siervos de la parábola de los talentos (cf. Mt 25,14; Lc 19,12), símbolo de todos los que dejan marchitar los dones que han recibido de Dios. El Evangelio dice que Dios nos eligió *para que diésemos fruto* (Jn 15,16). El fructificar es un imperativo evangélico, un deber y no un acto de generosidad. Por eso dice Santo Tomás: “Así como por la presunción se sobrepasa la propia capacidad al pretender más de lo que se puede, así el pusilánime falla al negarse a tender hacia lo que es proporcionado a su capacidad propia”⁴¹.

Es un pecado porque condena a la mediocridad al alma llamada a cosas grandes. Y es un pecado más grave cuando afecta a las almas consagradas y a los sacerdotes: “los que rehuyen ser útiles al prójimo por medio de la predicación, juzgados con todo rigor, son reos de

³⁹ II-II,133,2 ad 1.

⁴⁰ II-II,20,4.

⁴¹ II-II,133,1.

tantas cosas cuantos son los actos por la que podrían haber sido útiles a los demás”, dice San Gregorio citado por Santo Tomás⁴².

4. La educación de la magnanimidad

Como todas las virtudes, la magnanimidad puede y debe ser educada siguiendo los medios ordinarios para desarrollar las virtudes y las pasiones. Podemos señalar los siguientes elementos de educación y de autoeducación de la magnanimidad.

1º El primero de los medios es engendrar la **estima de la misma virtud**. La magnanimidad debe ser presentada en todo su esplendor. En la medida en que sea amada se pondrán los medios para adquirirla. Los educadores (los padres, los maestros, los formadores y los directores espirituales) han de hacer conocer esta virtud, su necesidad, su belleza intrínseca y los vicios contrarios que caracterizan a quien no la posee.

2º El segundo medio educativo son los **ejemplos virtuosos** de quienes la han practicado eminentemente. Santo Tomás, al comentar el método de la moral en la Ética a Nicómaco señala la importancia de enseñar los principios éticos a través de la ejemplaridad, pues el campo moral es el terreno de lo contingente y particular y por tanto necesita no sólo de principios abstractos sino de modelos que los encarnen. Respecto de nuestro tema, hay que saber presentar ejemplos tomados de las distintas fuentes educativas: la Biblia (empezando por el ejemplo del mismo Jesucristo y de la Virgen), la hagiografía (el modelo de los santos misioneros y de quienes se caracterizaron por las grandes empresas de la caridad, de las obras de misericordia y los que tuvieron una visión extraordinaria del mundo y de la Iglesia) y de la historia profana (los conquistadores, descubridores, grandes guerreros y magnificentes). También son útiles los ejemplos contrarios: los de los hombres que por su pusilanimidad o cobardía se marchitaron sin haber hecho nada que valiese la pena a los ojos de Dios y de los hombres. Estos modelos negativos hacen resaltar más la importancia de la virtud verdadera, pues como dice el Martín Fierro:

“...siempre sirven las sombras

⁴² II-II,133,1 ad 1.

para distinguir la luz”.

3º En tercer lugar hay que **preparar** el terreno en el que debe crecer la magnanimidad haciendo adquirir las virtudes que inmediatamente tienen conexión con ella, o de las que ella depende. Si bien la magnanimidad corona todas las virtudes, dice, sin embargo, especial relación con algunas. En este sentido hay que señalar la **fortaleza**, de la cual es virtud subordinada y con la cual guarda especial analogía; la **humildad** que, como hemos dicho, la acompaña y complementa impidiéndole que degenera en los vicios opuestos por exceso; y también todas las virtudes que dicen referencia al bien arduo y al apetito irascible, objeto de la magnanimidad, como la esperanza, el celo, el espíritu de sacrificio u oblatividad, la caridad heroica, etc.

4º En cuarto lugar hay que mover los **resortes internos** de la psicología de la magnanimidad. Se define la magnanimidad como “dilatación del alma hacia los bienes mejores”; en esa definición están señalados sus dos elementos esenciales. El primero es la **disposición subjetiva**: dilatación o extensión del apetito irascible. Desde este punto de vista hay que potenciar la capacidad de superación del individuo procurando que se proponga metas a la vez lejanas y realizables y luego exigiéndole o exigiéndose no cesar hasta conseguirlas. Tendrá que luchar, por eso, contra las tendencias contrarias: el desgano, la pereza, la inconstancia, el dejar a medias las obras comenzadas. Hay que educar un ánimo esforzado. Para esto es fundamental el incentivar las iniciativas. Aun cuando las empresas de un joven o un niño no vayan a tener la perfección de los mayores o de los experimentados, jamás hay que tronchar el entusiasmo; sería cortar las alas que van naciendo. Por el contrario, el educador auténtico y el forjador de almas magnánimas debe apoyar toda buena iniciativa (no las puramente veleidosas ni las destinadas al fracaso evidente) e incluso debería colaborar con ellas en la medida de sus posibilidades. Hay que alentar a los que quieren estudiar, desarrollar talentos artísticos o científicos, profundizar temas, escribir y publicar libros, crear fuentes de trabajo, editar revistas católicas, intentar nuevos apostolados, etc. Es necesario alentar, felicitar y empujar a los que se proponen ideales, aunque la experiencia personal a veces nos recuerde muchas obras análogas comenzadas y luego abandonadas por nosotros mismos. Nunca hay que burlarse o

despreciar a los que se ilusionan; quien así lo hace se asemeja, como dijo el poeta, a “aquellos hombres estériles que acostumbran lanzar la baba de su escepticismo sobre la rosa virgen de cualquier entusiasmo”⁴³.

El segundo elemento que nos indica la definición de la magnanimidad es su **objeto**, al decirnos que es una dilatación del alma hacia “lo grande, lo magnífico”. Desde este punto de vista hay que fomentar la apetencia de lo verdaderamente grande exaltándolo y, por el contrario, minimizando los bienes inferiores, enseñando a menospreciar lo parcial, lo mezquino, incentivando a no contentarse con lo poco, sino tender siempre “a lo más”.

En definitiva, como la magnanimidad es la flor de las virtudes, habrá que trabajarla coronando las virtudes que ya se poseen: haciéndoles dar el máximo, ejercitándolas de modo superlativo y heroico.

5. Conclusión

Por todo esto se debe concluir que la magnanimidad es la “medida normal” de la santidad. Si se quiere ser verdaderamente virtuoso hay que ser magnánimo. Estando embarcados en una empresa que, por su misma esencia, es algo sobrehumano, encararla a medias es locura. Por eso se puede resumir todo lo dicho en los versos del poeta⁴⁴:

*Pues todo aquel que vive sin locura
es menos cuerdo que lo que él se piensa
y pues princesa prometida inmensa-
mente es mejor que esclava bien segura.*

*Pues la llaga de amor nunca se cura
sino más honda haciéndola y extensa
con la renuncia de la recompensa*

⁴³ Leopoldo Marechal, *Adán Buenosayres*, Sudamericana, Buenos Aires 1986, p. 132.

⁴⁴ Leonardo Castellani, “Quijotismo”, en: *El libro de las oraciones*, Dictio, Buenos Aires, p.151.

y el tomar por presencia la figura.

*A fuer de don Ignacio y san Quijote
dejando el viejo pájaro-en-la-mano
escogí los cien pájaros en vuelo*

*y se me puede ver al estricote
pisoteando de la tierra el guano
que es mi manera de mirar al cielo.*